

El detector de mentales

Capítulo 9. Docentes en tránsito. Incidentes críticos en Secundaria.

A las siete de la mañana, desde uno de tantos automóviles que circulan por la carretera de la costa. El encendido horizonte, levemente más ajeno a través del cristal. La sucesión vertiginosa de rocas grandes y pequeñas, de mar, de imágenes publicitarias del mar, de paredes ciegas, de verjas de jardín impregna sus sentidos de una dulce sensación de inconsistencia. Primero siluetas cada vez más reales y después el nacimiento de las cosas y de los defectos de las cosas. Juntos procesos corpusculares y tectónicos. De lunes a viernes.

Algunas personas, en estas circunstancias, se ven en la necesidad de hablar contra el tedio o contra la trascendencia. Asunción y Justo hablan del sueño. Ambos tienen sueño y se van a quedar dormidos en clase, en medio de la primera explicación. Disimulando un bostezo, cada uno se interesa mucho por la razón que hizo trasnochar al otro. De repente, una noticia por la radio (que está encendida desde el comienzo de este capítulo) atrae su atención. Por ejemplo, un terremoto.

--Un compañero de mi pareja --explica Asunción-- conoció el verano pasado en Perú a dos hermanos que vivían a veinte kilómetros del epicentro. No les ha pasado

nada, pero de algunos barrios más humildes sólo quedan los escombros.

--¿Pero tú has visto cómo hacen aquellos edificios? Lo raro --dice Justo apuntando con las manos hacia la carretera-- es que todavía quede algo en pie.

--Pobre gente... están como aquí hace cincuenta años.

--...

--Oye Justo, ¿es cierto que no tienes carné de conducir?

--Pues no. No creo que me gustara conducir.

--Pero hoy sin coche no te puedes mover. ¿No te pasa que dependes siempre de los otros?

--Siempre que puedo, prefiero caminar a ir en coche. Me gusta caminar. ¿Sabes lo que voy a hacer el sábado? Recorrer toda la muralla medieval, a modo de despedida de esta ciudad.

--¿Qué quieres decir?

--Nada. Ya te lo explicaré. Hoy también me toca caminar. Esta tarde tengo una salida con un bachillerato. Nos acercaremos al Museo de Historia. Quiero hablarles de la retórica de

Aristóteles, frente a la retórica de los estilos arquitectónicos. Todavía somos griegos en muchos aspectos fundamentales, para lo bueno y para lo malo. La dualidad sigue vigente en nuestras maneras de argumentar, de pensar. Eso es lo que quiero transmitirles.

--¿Y cómo lo reciben tus «discípulos»?

--¿Ya se ha corrido la voz?

--Creo que sí.

--Pues entonces ya lo sabes, algunos mal. David ha pedido revisión de examen y el jefe de departamento se la concederá. Así que yo me despediré del instituto y de esta ciudad tranquila y milenaria donde florecen esos individuos. Esto es lo que quería decir antes.

--Un momento. ¿No vas muy deprisa? ¿No estás exagerando? ¿Cómo sabes que Salvador aprobará a David?

--Pues porque Salva evaluará lo que David ha contestado a mi pregunta de la siguiente manera: comprobará si todo lo que David ha escrito está en el libro de texto. Y verá que el examen y el libro de texto se parecen bastante. Pero entre el libro y el examen hay otra cosa: lo que yo trato de transmitirles, de compartir, cosas difíciles de explicitar con dos frases cortas en una parrilla de contenidos. Para mí el tema, las cuatro ideas, son sólo el punto de partida.

--¿Qué tratas de compartir?

--Pues la fuerza de las ideas, la fuerza de una cultura. Y para eso hay que comprometer las ideas y la fuerza de uno.

--Perdona. No te ofendas por lo que voy a decir, por favor. De acuerdo con las ideas y con la fuerza de la cultura; pero, para el día a día, ¿no tienes unos zapatos más cómodos, como si dijéramos?

--No me ofende. Soy así, laborables y festivos. Algunos alumnos saben apreciarlo. Creo que se llama coherencia.

--Hombre, gracias por la parte que me toca. Pero volviendo a lo tuyo, creo yo que la coherencia te la van a pedir con el temario, no con tus ideas.

--Estamos de acuerdo. Eso también lo veo yo, como todo el mundo. No eres la primera que me lo recuerda, pero...

--Estoy soñando Justo, estoy soñando --lo interrumpe Asunción, poniendo los ojos en blanco--. ¿Pero no te das cuenta, cariño, del mundo en el que vives? ¿No ves que te van a despellejar entre Salva y el inspector? ¿No sabes que hay unos programas y unos criterios de departamento afiladísimos apuntando a tu cabeza?

--Yo trato solamente de ser honesto. Coherente, ya te lo he dicho. Si cuando nos reunamos con el inspector hablamos de filosofía, nos entenderemos. Y cambiemos de tema por favor. ¿A ti cómo te va?

--Sí, mejor cambiemos de tema. A mí me va de maravilla. Este trimestre tengo una tarde y dos guardias a primera hora. Dos bachilleratos y una variable de tercero. Se apuntarán cuatro, ya lo verás.

--¿Qué optativa es ésa?

--«No-se-qué es divertido». Ya la hizo Luisa el año pasado y me ha pasado toda la programación.

--Asunción, ahora soy yo el que te pido que no te enfades. Pero es que no entiendo tu manera de hablar de las clases.

Asunción mira un instante al espejo retrovisor y gira la cabeza hacia Justo, que durante un peligroso segundo le sostiene la mirada. Vuelve a mirar al frente y contesta a Justo, después de aspirar y expirar lenta y profundamente.

--No, lo que no entiendes es que hable como hablo. Pero puedo hablar peor todavía. No son horas, pero lo voy a hacer. Por ti, porque me lo pides tú. Dos puntos. Partamos de la base de que enseñar lo que te gusta no es lo mismo que enseñar cómo te gustaría enseñar. ¿Sí?

--Sí, pero... eso no se resuelve con decirlo.

--No se resuelve, claro. Es un hecho. Las cosas nos las hemos encontrado así y entonces, ¿qué? Con esto nos podríamos pasar toda la vida. Mejor dicho, «tú» te pasarías toda la vida. Yo no. Yo sólo intento no olvidarlo y sigo.

--Sigues y ya está. No problem.

--Sí. Delante de esto reconozco que soy pragmática. Cumplo con mis obligaciones. No pido más de lo que obtengo conforme a ello. Y respondo exactamente de eso. Punto. Ha quedado un poco chirriante, pero no está mal. Ya ves que no te puedo negar nada.

Justo deja transcurrir una breve pausa estratégica y hace cara de ir a decir: «Cada día

anochece más tarde, ¿no te parece?». Por eso, al darse cuenta, Asunción añade:

--Nuestra profesión lleva muchísimo tiempo arrastrando implícitos como «vocación», «entrega», «sacrificio». O para que lo entiendas mejor: «no me cansa mi trabajo de tanto como me gusta», «aquí no tenemos horario», «la satisfacción final lo compensa todo». Pero cuando firmo los contratos sólo leo palabras como «categoría», «horario lectivo» o «responsabilidad legal». Y ¡asómbtrate!, me pagan conforme a estas últimas palabras y no conforme a las otras. Por lo tanto, mi compromiso profesional es con el programa y con los objetivos. Ahora sí, punto y final.

Pasan unos minutos callados. Los ojos fijos en el azar vertiginoso de los márgenes. Justo completamente quieto, Asunción completamente conductora.

Transcurridas dos urbanizaciones, Justo recuerda un sueño que ha tenido esta noche.

Dos hoteles. Un hotel está en medio de la nada y habla con desdén. Ha salido de la chistera con las orejas grandes y las manos peludas. Las paredes son de color salmón con feas geografías de humedad en las esquinas. La colcha es de color salmón, de falso satén brillante. Las baldosas del baño son de color salmón. Es lo que es.

El otro hotel tiene el suelo de madera y agua en el escritorio y un vuelo de sonrisas y un runrún de palabras amables que nos van adormeciendo. También es lo que es.

Justo piensa que algunas experiencias en determinadas circunstancias te cambian la

vida. Pero en sus sueños no sabe distinguir con claridad las experiencias y las circunstancias. En sus sueños siempre transita por espacios públicos como hoteles, museos o teatros. Él interpreta que son espacios que simbolizan, a menor escala, un idealizado orden social. Pero esta vez hay dos versiones, dos hoteles. Uno desagradable y el otro tranquilizador. Como la cara y la cruz.

En los hoteles, las personas se cruzan a destiempo. Por eso, cuando coinciden en el vestíbulo o en el comedor, los clientes paran sus relojes y se entregan a ese orden. Pero es una breve ilusión que dura un trámite o un desayuno, pues todas esas personas saben que están de paso. Si ahora le explicara esto que está pensando a Asunción, está seguro de que ella le preguntaría: «¿Y cuánto vale cada hotel?». Pero sus sueños no dan esos datos...

Ahora atraviesan una pequeña manada de naves industriales. Justo vuelve a pensar en su situación. Es insostenible. Se ha roto la cuerda. Salvador lo ha descalificado y él no puede ceder. David no ha entendido nada. Su examen es un truco, una fachada con cuatro conceptos mal cosidos. Salvador se ha limitado a contar palabras, a zanjar el tema, a no crearse problemas con la dirección. Todos tienen ya programadas las vacaciones.

--Nunca habíamos tenido ese tipo de problemas --le soltó Salva--. No sé qué te impide rectificar, si te has equivocado.

--Pero es que no me he equivocado, Salvador. Ya sabían desde el primer día que sería una pregunta abierta sobre los apuntes.

--También se quejan de que les hablas de cualquier cosa, de una noticia, de un libro, de la moda...

--Es que la filosofía, tú lo sabes, trata sobre la realidad. ¡Y ésta es nuestra realidad!

--¡Pero su realidad también es que en selectividad les van a preguntar a partir del temario!

--¡Ya lo saben! Saben que han de estudiar el temario por su cuenta.

--Pues eso es lo que ha hecho David.

Se ha roto la cuerda. Salvador lo ha descalificado. David no ha entendido nada. Y él no puede ceder.

--¿Qué piensas, con esa cara? --se ríe Asunción-. Mira ése qué feliz.

Y señala a un estrafalario personaje solitario, alejándose de ellos a 120 kilómetros por hora. Camina despacio por la playa, concentrado en su detector de metales.